

EDIFIQUEMOS

Educación de los hijos

La educación será tarea arto difícil, si para ella empleamos diversos sistemas sin aceptar en concreto el más práctico y eficaz.

Algunos, ó casi todos los padres de familia, emplean medios violentos para reprender la falta cometida por sus hijos, ya con el látigo ó la afrenta, extralimitándose de lo natural y engendrando por consecuencia la falta de vergüenza.

Estudiemos el punto y acojamos lo que la razón aconseja.

El niño en sus diversiones se extravía inconcientemente y comete faltas sin darse explicación de ellas. Sus padres furibundos profieren palabras subidas de tono como reproche ó le tiran á la cara el primer objeto que encuentran.

Estos, después de castigar á su hijos experimentan naturalmente cierta pena, que logra disipar esa convicción absurda de que han cumplido con su deber.

¿Que consiguen los padres con ese proceder? Absolutamente nada.

El niño en lugar de persuadirse con el buen consejo, ve en sus padres la violencia y ésta se educa con ellos.

Lo que antes no concebían sus corazones ahora empiezan á experimentar en sus educadores. No será entonces lejana la ocasión de practicar en sus semejantes, lo que sus padres le enseñaron en los momentos de ira.

Ya tienen inculcados un principio de esa educación; castigar con el látigo ó la injuria cualquier falta, al consejo ó el buen ejemplo.

Ya le di su merecido replican los padres: pero no dan á conocer el perjuicio de la falta, ni los males que esta ocasiona.

El niño sólo sabe que se enoja su papá y procura robarle sus momentos de distracción, para cometer las acciones que éste castiga y que ellos califican de injusto.

Así se va criando hasta que llega al uso de la razón, siempre temiéndolo el castigo pero con las mismas inclinaciones.

Todos estos defectos de que adolecen las modernas sociedades, se deben únicamente al exótico sistema de educar sin la persuasión y el buen ejemplo.

Educando todos sus pasos con buenos consejos, pintándoles cuadros de verdadera humanidad; que conozcan á donde conducen los horrores de la vida desordenada, el derecho que tenemos de vivir—vida perfeccionada—para el bien de nuestros hermanos, instándoles á que hagan la caridad, á que rehusen los honores vanos, la ostentación que insulta, etc. se moralizarán sus sentimientos y haremos por medio de la enseñanza razonable generaciones de hombres nuevos.

Pero tengamos en cuenta que así como un regular número de doctrinas que se predicán, la empañan sus apóstoles con la falsedad y el mal ejemplo, tampoco el niño podría seguir la huella del bien que le trazamos con consejos, si tropieza con una serie de desórdenes que cometemos en la práctica.

Es difícil que á los niños se les escape, sin gravarse en el ánimo de ellos, la impresión desagradable de una falta que se cometa en el hogar. Sería estéril toda labor educativa si en nosotros no reconocen esa perfección moral; si enseñándoles á los degenerados por el vicio, los exitamos después á que participen de nuestras orgías; si los hacemos repudiar el mal y llevamos sobre nuestras espaldas todo el germen de las desvergüenzas. En ese caso ya sea con la sana reconvencción ó con el látigo—que terminantemente rechazo—estamos desautorizados para calificar á nuestros hijos de perversos ó de asombrarnos porque se habitúen á la reprensión y al ultraje sin que sus actos tiendan á mejorar.

Dos condiciones se necesitan pues, para conseguir nuestro efecto: morigerar nuestras costumbres, para que vean el espejo de la virtud á que los atraemos; y, ser constantes, no dejar pasar desapercibidas esas faltas que muchas veces las atribuimos á una gracia y que después ha de causar nuestra desesperación.

Aún cuando nuestros hijos lleguen á ser hombres formales, no debemos desatender la obligación de vigilar sus movimientos, pero sin tratar de coartar esa libertad que le hemos enseñado á comprender y respetar.

Que piense, que investigue, que acoja cualquiera idea que no menoscabe sus sanos principios; pero no nos interpongamos á su evolución y desarrollo.

¿Lo hemos enseñado desde su tierna infancia á que ame el bien? Pues que reconozca en nosotros el respeto y amor á la emancipación á la libertad del pensamiento, y nuestra obra será completa.

(Continuará.)

Colaboración Feminina

Contrastes Sociales

En Costa Rica el hermoso país de las más bellas montañas arrebujadas en chales de bruma, el país de las más bellas mujeres y de los hombres más francos; el país donde el primer magistrado de la República sale solo y á pie á la calle y en el que se da la alta prueba de honradez de que un presidente al dejar de serlo vuelva á su

bufete de trabajo; en este país donde hasta el aire es poesía...no crea por esto el galano escritor Ramiro Pérez que estoy atacada del horrible mal que tan donosamente llama Jambrinitis) pero es lo cierto que en un país tan bello, tan apacible y tan pequeño, es triste ver los contrastes sociales tan rudamente acentuados ya que "no tienen aquí la diferencia de razas como pasa en Cuba; diferencia funesta que causa la ruina de la hermosa Antilla.

Sin existir aquí negros y blancos por más que la virtud y el talento no está en el color de la epidermis, pero

la marcha de la Democracia es lenta, aunque segura, parece este país campo abonado para que germine la bienhechora planta de la igualdad y desgraciadamente no es así.

Se ve, se nota con tristeza no la separación de razas sino algo peor aun puesto que no tiene razón de ser, la separación de clases.

Entre el reboso, el pañolón y el abrigo media un abismo de prejuicios tontos como entre la chaqueta y el saco.

¿Por qué? Hasta cuando los vanos privilegios? Hasta cuando el traje será la carta abierta que diga del hombre más que el talento, más que la virtud? Un jugador de oficio, un crápula, un nadie; llegará de lejos bien trajeado, luciendo fulgentes piedras y nadie se detendrá á preguntar quién es hasta que un acto canallesco del individuo lo delate y entonces la sociedad alarmada gesticula, alborota y arroja al intruso.

Con los que no tienen un puñado de monedas para adquirir un traje, no hay miedo á equivocarse: todo parecerá el pobre, menos caballero. Toca á las madres salvar los hijos de tan necios errores. Enseñad á la pequeña rica que va á la escuela, que la niña pobre que está junto á ella no es la pijoja; es la condiscípula á la que debe querer é imitar si es buena y aplicada, á las madres toca conducir dulcemente, suavemente el corazón de sus hijos por la amorosa senda de la fraternidad; á las madres toca apartar el corazón de los hijos de la ortiga venenosa del orgullo. Menos cintas, menos plumas, menos sedas y más amor á la caridad para los jóvenes corazones para que mas tarde, los nuevos hogares descansen sobre la base del gran amor humano: La igualdad.

AURELIA MÉNDEZ

CAMPO OBRERO

Por los obreros

«La frente honrada que en sudor se moja
Jamás ante otra frente se sonroja.
Ni se humilla servir á quien la ultraja.»

Para vosotros, compañeros, con quienes he vivido y he luchado. En diversas ocasiones se ha lanzado el cargo de que la clase obrera no podrá emanciparse, disfrutar de nueva vida, aspirar el perfume embriagador de independencia, romper el yugo de esclavitud al que parece estar condenada, dado su carácter egoísta y disociador.

Si un obrero—añaden—por sus méritos, obtenidos á costa de grandes esfuerzos y de nobles sacrificios, logra alcanzar un puesto que lo eleve un poco del nivel moral de sus compañeros, la maledicencia se ensaña en él y es objeto de murmuraciones, y como consecuencia, de su antro tenebroso surge la Envidia, la que con sus garras descarnadas aprisiona aquella alma llena de anhelos y aspiraciones hasta hacerla su víctima, y luego, una sonrisa diabólica ilumina su semblante.

El látigo de esas frases, á diario azota á nuestras espaldas; fuerte es el cosquilleo, como es fuerte la impresión que produce la verdad. No el rencor que prostituye si no la gratitud que embobla. Eso es lo que debe predominar siempre en nuestro modo de ser en el «triste corazón de los obreros.»

Principiamos la vida y ya el vicio y el libertinaje nos corroe; aquel aniquila el cuerpo y éste desilusiona el alma.

No es que estemos caídos, pero sí estamos enfermos; tenemos en cambio toda una existencia por delante, y si el triunfo es una especie de Himalaya, creemos en la justicia, y para escalarlo tenemos fe también en los altos destinos de la vida.

El medio en que vivimos, el ambiente que nos rodea despiden gases venenosos. Hay una marcada corriente de ignorancia que nos impele sin cesar—como consecuencia indudable—al océano del vicio en donde no podemos resistir los tumbos del oleaje. Y por eso, verdaderos naufragos del sentimiento, la desilusión nos abruma, el cansancio nos devora y la indiferencia se enseñorea hollando el carácter y serando despiadadamente por el dolor.

El pebro es real y debe conjurarse; las viejas máximas deterministas, dejar el campo libre al resultado eficazísimo de la

lucha. Alcemos nuestra tribuna sobre duro granito, fundamos nuestras energías en las poderosas fraguas de la conciencia, bebamos nuestra inspiración en las claras fuentes donde el carácter se purifica; escribamos entonces en el pendón de nuestras luchas estas palabras del poeta: «es puerta de luz un libro abierto.»

ORLANDO RIOS.

Noviembre de 1910.

Nihilismo Ruso

Las tormentas revolucionarias han dejado en bien distinta situación la América y la Europa; tras tanto oleaje de ideas, tras tantos huracanes de iras, tras tanto anhelo de fraternidad allí por los poetas soberbiamente cantado; si la aristocracia secular sufrió verdaderos derrumbes, si de sus prerrogativas feudales quedan sólo poco más que «símbolos ó menguados privilegios palaciegos, no por eso deja de seguir habiendo desigualdades tan hondas entre unos grupos sociales y los otros, tal desnivel de situaciones, que á veces se diría que las revoluciones fueron como naves de verano, y que el feudalismo soberbio ha ganado con ellas en frondosidad y lozanza. En la próxima y última conferencia hablaremos de la América—volvamos, por ahora, los ojos al viejo Continente. Fermentan en su seno, así como en las ciénegas inmundas los organismos putrefactos, las ignorancias y los vicios que la riqueza fácil y la miseria extrema originan de consumo, y jamás salió del pantano que hierve bajo el sol fiebre asoladora ú otro envenenamiento del aire, que en desastrosas consecuencias se apareje con las pestilencias morales que de esa fermentación continua se escapan, y que con sus vapores mefíticos enturbian y manchan la atmósfera de las civilizaciones más altas y mejor cumplidas que sobre el planeta se asientan. Gentes sin pan, en indolencia forzada, con hambre de trabajo para ganar la vida, contemplan con ojos tristes, y por ley incontrastable envidiosos, los banquetes del rico indolente, que nació entre el oro, y que sin más esfuerzo que el de cambiar de capricho, despilfarra en su tedio, con lujos insolentes, lo que bastaría á calmar la ansiedad de los desheredados numerosos.

Ni es posible siempre que el honor resista, ni aun que no agonice la vergüenza del necesitado á travéz de las complicaciones múltiples que envuelven como en red asfixiante la honradez y la honestidad de los pobres. Con indiferencia que no parece humana, mira pasar el hambre sin aliento, la enfermedad sin alivio, el frío sin amparo, el pudor sin defensa, la ignorancia sin luz, pero junto á su palacio espacioso con provisiones amplias, con surtidores de agua perfumada, lleno de aire bruñido, por la electricidad iluminado, por tennes vapores tibio, con portentos de arte en cada muro y vestigios de ciencia en cada piedra, el potentado que no tuvo sino que alargar la mano para empuñar en ella uno de los cetros de la vida.

El pobre, que no tiene hogar, porque no pueden constituirlo las tierras frías de su casa; que no tiene familia porque la miseria la rompió el pulmón á su compañera, y le quebrantó el hijo ó se lo hizo soldado, y le agostó primero en flor la belleza de la niña y más tarde se la convirtió en cortesana; que no tiene esperanza, ni en un mundo que le parece tan duro, ni en un Dios que encuentra tan sordo, ni en su único amigo—el trabajo—que de súbito le falta; —ese hombre,—hecho una fiera por su angustia,—se rebela al fin contra la tierra y contra el cielo; mira la vida como una burla inmensa, como una maldición despiadada, como una iniqui-